

TOCQUEVILLE Y LA NATURALEZA DE LA DEMOCRACIA

Pierre Manent

Prólogo de Daniel Mansuy H.



ÍNDICE

Prólogo	9
Prefacio a la edición francesa de 1993	19
Introducción	23
Capítulo I: La definición de la democracia	29
Capítulo II: Democracia y aristocracia	43
Capítulo III: La fuerza de la igualdad democrática	61
Capítulo IV: El poder social	71
Capítulo V: La suavidad de la democracia	81
Capítulo VI: El hombre democrático	89
Capítulo VII: La democracia y la naturaleza del hombre	105
Capítulo VIII: La democracia y la religión	123
Capítulo IX: Democracia y revolución democrática	153
Conclusión	177

PREFACIO A LA EDICIÓN FRANCESA DE 1993

El libro que tiene entre sus manos se inscribió, en su minuto, en el movimiento de redescubrimiento —o más bien descubrimiento— de las ideas de Tocqueville. Le otorgó vitalidad, al menos en varios de sus principales temas, a la reflexión política reciente en nuestro país. No pretendía ofrecer una presentación completa de la doctrina del pensador francés¹, sino solo seleccionar lo más original de su interpretación sobre nuestro propio destino político. Ahora bien, sobre este punto existen muchos malentendidos, cuyo origen radica en este simple hecho: no se considera plausible que un autor muerto, hace más de un siglo, pueda decir cosas nuevas sobre y para nosotros; que pueda explicarnos a nosotros mismos. Sin embargo, es precisamente esto lo que, a mi parecer, realiza Tocqueville cuando elabora la noción de democracia. Comprender el sentido de esta exige un esfuerzo que no es otro que comprendernos a nosotros mismos. Por ende, me complace que la reedición de este trabajo exponga ante el lector no solo la dificultad, sino también —espero— algunos resultados de esta investigación.

Nada es más tentador que ver en la democracia que conocemos el régimen natural de la especie humana. Es lo que hacemos todos espontáneamente, no solo porque, por costumbre, lo hemos adoptado como “lo nuestro”, sino también porque tenemos el sentimiento vago y fuerte de que toda la historia de Europa, o de Occidente, conduce hacia él, y que el destino de los demás es el de alcanzarnos para poder compartir sus beneficios. Ese sentimiento no está ausente en Tocqueville; fue incluso uno de los primeros en formularlo, y de manera impresionante. Pero la democracia es también otra cosa: algo

1 Se puede encontrar esta presentación en el libro de Jean-Claude Lamberti, *Tocqueville et les deux démocraties*, Col. Sociologies (París: Puf, 1983).

que nos ocurre, que nos transforma, que modifica tanto la profundidad como la superficie de nuestra vida, algo que no alcanzamos a desear, ya que no la reconocemos cuando funciona plenamente, que es cuando más nos transforma. La democracia es, por una parte, el régimen más propio de la naturaleza humana cuando esta es finalmente libre de expresar sus deseos, pero es también algo que le acontece a la naturaleza humana sin que ella lo sepa o lo quiera realmente. La relevancia de Tocqueville radica en que fue capaz, a la vez, de fomentar la clara esperanza y profundizar el doloroso secreto de la democracia.

Esta democracia —nuestra democracia— no es solo un régimen político más entre otros, que pueda entrar, como la democracia de la Antigüedad, en una clasificación general de regímenes políticos. No constituye una de las formas legítimas de vivir juntos; una forma en principio siempre posible y que puede degenerar y ser reemplazada por otra. La democracia moderna rompe con ese ciclo natural. Sucede a los demás regímenes políticos, a todos los demás regímenes, y prevalece invencible y definitivamente sobre ellos. Desde el momento en que apareció, el paisaje histórico cambió radicalmente. Comparados con la democracia moderna, regímenes políticos que parecían muy diferentes comienzan ahora a parecerse: por ejemplo, la democracia de la Antigüedad y el Antiguo Régimen francés suponen ambos, nos dice Tocqueville, una “aristocracia”. Así, tenemos por un lado el mundo moderno, el de la democracia moderna, y por otro, el antiguo mundo bajo todas sus formas; todos los antiguos mundos reunidos. Son, nos dice Tocqueville, “como dos humanidades distintas”.

Como tal, este sentimiento no es propio de Tocqueville; Marx y Nietzsche, por ejemplo, también lo compartían. Se trata, en definitiva, del sentimiento del siglo XIX: algo inédito e increíble está aconteciendo. Los grandes sistemas intelectuales, las filosofías de la historia características de ese siglo nacieron para dar cuenta de esta extraordinaria novedad. Comte y Marx tenían la convicción de conocer científicamente el sentido del devenir histórico conducente hacia lo Nuevo, mientras que Nietzsche afir-

maba el carácter soberanamente arbitrario de cada creación histórica, y por ende también de la democracia moderna, expresión y efecto de una voluntad mezquina. Tocqueville no pretende tener una mirada tan sublime. Ciertamente, piensa que el desarrollo democrático le da sentido a nuestra historia, pero para él se trata de comprender con precisión lo que significa esta proposición general. Y en este punto, comprender con exactitud implica primero describir con exactitud.

Lo que Tocqueville describe es la transformación del hombre por la democracia, un nuevo tipo humano: el hombre democrático. Este no se caracteriza por fines particulares; no se diferencia del hombre “aristocrático” como, por ejemplo, el monje se distingue del guerrero, o el generoso del avaro. No busca realizar un fin, sino poner a prueba una hipótesis, según la cual todos los seres humanos nacen libres e iguales en derechos, con la consecuencia de que no hay más obediencia legítima que aquella que se consintió previamente. En lugar de condenar al “burgués”, como Rousseau y Marx, o al “último hombre”, como Nietzsche, Tocqueville analiza con una extraordinaria agudeza de qué modo la vida humana se ve transformada en todos sus aspectos por esta hipótesis. En las páginas que siguen, intenté reconstruir su análisis. En cuanto a la validez de esta descripción del hombre democrático, cada lector que observa a los otros y se observa a sí mismo debe apreciarla él mismo y para él mismo: ninguna “ciencia de la sociedad” puede librarlo de esta evaluación espiritual. O más bien, no hay verdadera ciencia de la sociedad sin tal evaluación.

El hombre democrático, subraya Tocqueville, está gobernado por el dogma de la soberanía del hombre sobre sus propias acciones. Este dogma es mudo ante el contenido o la finalidad de esas acciones. Los derechos humanos son, y quieren ser, mudos ante los fines del hombre. Mientras más se considere al hombre un ser con derechos, más progresa la garantía de los mismos, y mientras más se posterga la pregunta por los fines, mayor es la estridencia del silencio. El hombre se afirma en y por la democracia. Pero ¿quién se afirma así? ¿Qué es el hombre? Tocqueville es de los pocos autores

que nos ayudan a afrontar esta pregunta, la única que, en el fondo, debiera interesarnos.